

XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2024.

Las redes sociales y la reconfiguración contemporánea de la intimidad.

Fernández Romar, Juan Enrique.

Cita:

Fernández Romar, Juan Enrique (2024). *Las redes sociales y la reconfiguración contemporánea de la intimidad*. XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-048/828>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evo3/REM>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LAS REDES SOCIALES Y LA RECONFIGURACIÓN CONTEMPORÁNEA DE LA INTIMIDAD

Fernández Romar, Juan Enrique

Universidad de la República. Facultad de Psicología. Montevideo, Uruguay.

RESUMEN

Durante los últimos veinte años, la revolución digital ha propiciado una transformación de lo que entendemos por intimidad y las redes sociales han modificado radicalmente tanto nuestras relaciones interpersonales como la forma en que nos vemos a nosotros mismos en la esfera pública. Al mismo tiempo, las plataformas digitales han redefinido el concepto de “intimidad”, convirtiendo la divulgación pública de la información personal en algo tanto común y buscado como riesgoso y debatible. A medida que pasa más tiempo desde el surgimiento de este fenómeno, podemos analizar más detalladamente sus efectos para observar cómo las redes sociales y otras plataformas en línea han trastocado profundamente nuestra relación con lo que entendemos por vida privada. La intimidad, que antes preservada en la esfera privada, se ha vuelto ahora un asunto público expuesto en plataformas como Facebook, Meetme, Tagged, Instagram y YouTube. Esta evolución va más allá de la mera exposición pública impactando en cómo comprendemos nuestra propia identidad y la de los demás volviendo esa constante exposición en línea en un proceso dinámico de reconfiguración de quiénes somos.

Palabras clave

Revolución digital - Redes - Intimidad - Esfera pública

ABSTRACT

SOCIAL NETWORKS AND THE CONTEMPORARY RECONFIGURATION OF INTIMACY

Over the last twenty years, the digital revolution has transformed what we understand by intimacy, and social networks have radically changed our interpersonal relationships and the way we see ourselves in the public sphere. At the same time, digital platforms have redefined the concept of “intimacy,” making the public disclosure of personal information both a common and sought-after practice and risky and debatable. As more time passes since the emergence of this phenomenon, we can analyse its effects in greater detail to see how social media and other online platforms have profoundly disrupted our relationship with what we consider private life. Once preserved in the private sphere, intimacy has now become a public matter exposed on platforms like Facebook, Meetme, Tagged, Instagram, and YouTube. This evolution goes beyond mere public exposure, impacting how we understand our identity and that of others,

turning this constant online exposure into a dynamic process of reconfiguring who we are.

Keywords

Digital revolution - Social networks - Intimacy - Public sphere

Introducción

Las últimas dos décadas no han hecho más que exacerbar la metamorfosis de la intimidad desencadenada en la era digital. Pero esta transformación no implica una cuestión exclusiva de visibilidad, sino que también conlleva un cambio en la comprensión de la identidad propia y ajena tornando la autoexposición en línea en una reconstrucción continua de la identidad en sí misma.

Esta reinterpretación de lo íntimo ofrece compensatoriamente la posibilidad de vincularnos intensamente con personas de todo el orbe con intereses similares, brindando un sentido de comunidad a aquellos que antes podían sentirse solos y aislados en una imaginaria singularidad subjetiva. Las nuevas redes sociales posibilitan una expresión personal sostenida, ofreciendo una suerte de escenario en el que los usuarios pueden desplegar su identidad, validarla y recibir reconocimiento a cambio.

Al mismo tiempo, la forma en que accedemos a la información ha cambiado drásticamente debido a estas redes ya que se han ampliado las formas en que consumimos y producimos contenido. El antiguo modelo comunicacional de un simple receptor de información ha sido modificado. Ahora, cada persona no solo consume, sino que también produce simultánea y especularmente información.

Como ha señalado la ensayista argentina Beatriz Sarlo en su libro “La intimidad pública”: “Me exhibo, luego existo. La intimidad en las redes y, de hecho, en los programas de chismes, es una nueva forma de la subjetividad... Nos ofrecemos a la visión de otros que también se ofrecen. Se compite por la visibilidad y, sobre todo, la viralidad de esas performances, que obligan a un contrato de exhibición.” (Sarlo, 2018, pág. 41).

Desde hace unos años, el ingente desarrollo de los medios digitales ha logrado que lo íntimo se vuelva público y que lo público se haya integrado en la intimidad trazando un escenario social telemático en el que las líneas entre el yo y el otro se han borrado, afectando nuestra percepción del sentido tradicional de identidad y autenticidad.

Diez años antes que Sarlo, la antropóloga Paula Sibilia también

había abordado el mismo tema en su obra “La intimidad como espectáculo” (2008), cuando Facebook tenían tan sólo cuatro años de existencia y las demás redes sociales estaban aún en un estadio más incipiente.

Sibilia desarrolló por entonces una fértil perspectiva hermenéutica de ese proceso de progresiva exposición de la vida privada y consecuente transformación de la manera en que nos relacionamos con nosotros mismos y con los demás.

La intimidad atómica de los integrantes de las grandes masas; esos ciudadanos anónimos que durante siglos se abocaron a mantenerla como un tesoro protegido y reservado, comenzaron a exhibirla orgullosamente a una escala aún mayor que la que solían brindar la televisión o las revistas sobre la vida de las celebridades.

Paralelamente algunos descubrieron los beneficios económicos del exhibicionismo apelando a nuevas formas de comercialización online en medios digitales, monetizando el registro íntimo de sus cuerpos, sus hábitats domésticos y sus pasiones.

La autoexposición en línea trascendió la mera representación de la vida cotidiana y se convirtió en una forma de construir, reciclar y manifestar una identidad metamórfica en tensión con el deseo de las masas. De este modo la autenticidad, en este nuevo paradigma, comenzó a ser juzgada a través de la visibilidad y la transparencia, y la identidad se reconfiguró como una performance llevada a cabo en una plataforma virtual (Sibilia, 2008).

En términos generales durante los últimos dos siglos hemos entendido lo íntimo como lo que es esencialmente personal, reservado y relacionado con nuestra experiencia de singularidad. El proceso planetario de industrialización marcó un hito fundamental en la reconfiguración de las estructuras familiares y laborales, dando lugar a una nueva demarcación entre el espacio del trabajo y el del hogar. Tradicionalmente, la casa no solo constituía el núcleo familiar, sino que a menudo era también el centro de actividad laboral.

Con la llegada de la industrialización, las fábricas y talleres emergieron como nuevos espacios de trabajo, segregando así la vida laboral de la personal y este fenómeno no solo transformó la arquitectura urbana, sino que también engendró una nueva concepción de intimidad en el hogar, caracterizada por una mayor privacidad. (Giddens, 1992)

Ya en el siglo XX, la expansión de la clase media, especialmente en el período de la postguerra, catalizó una profunda transformación en el paradigma residencial convirtiendo la vivienda unifamiliar en un estándar y propiciando así una intimidad doméstica más consolidada.

Este modelo residencial no solo proporcionaba un refugio físico sino que también fortalecía la familia nuclear, permitiendo a sus miembros disfrutar de una privacidad -alejada de la inspección ajena- hasta entonces inédita. Esta reclusión detrás de las cortinas domiciliarias, redefinió las dinámicas y expectativas de la intimidad familiar.

En paralelo los medios de comunicación de masas comenzaron

a desarrollar un papel trascendente en la conformación de las percepciones sociales del universo de lo privado.

A través de la radio, el cine y, más tarde, la televisión, se difundieron ampliamente modelos de vida íntima que ofrecían nuevas formas de entender la relación entre lo público y lo más personal. Estos medios no solo reflejaban las normas culturales vigentes sino que también las moldeaban, ritmando con el imaginario de la moda los usos y costumbres familiares; desafiando a los sujetos a emular o rechazar los estilos de vida que eran presentados. De esta manera, la influencia de los medios se convirtió en un vector decisivo para la transmisión de valores y expectativas relacionados con la intimidad, impactando profundamente en la esfera personal y colectiva de la sociedad. (Thompson, 1998)

A fines del siglo XIX y durante gran parte del XX lo íntimo se convirtió en la narrativa epicéntrica de nuestra identidad, abarcando tanto los sismos sentimentales como las reflexiones y vivencias menos compartidas. Relatos que nutrieron tanto los diarios íntimos como los epistolarios secretos y las consultas a confesores y psicoanalistas tal como lo ha abordado extensamente Paula Sibilia.

Es decir, una experiencia de conexión con nuestros sentimientos, anhelos y pensamientos más secretos, observada como algo que protegemos y solo revelamos a aquellos en quienes depositamos una confianza total.

Basta recordar los famosos diarios íntimos de Rainer Maria Rilke, Virginia Woolf, Franz Kafka, Anaïs Nin, Simone de Beauvoir o de Sylvia Plath para apreciar esas múltiples inspecciones detalladas de la sexualidad, la percepción subjetiva del cuerpo, la familia o la sociedad siempre en tensión con fuerzas exteriores. El término “intimidad” proviene de la palabra latina “intimus”, que se refiere al espacio psicológico privado de un individuo, grupo o familia que implica además el derecho al sigilo, la soledad o el aislamiento.

La intimidad también se asoció con el derecho a mantener ciertos aspectos de nuestra vida, fuera del conocimiento público. Asimismo, se trata de un término que se imbricó profundamente con el concepto de un ser humano racional, consciente de su singularidad irreplicable (Pascual, 2000; Pérez-Alenza, 2018; Real Academia Española, 2023).

La intimidad históricamente ha sido entendida como un espacio psíquico de gran opacidad social, en donde se toman decisiones personales y exclusivas y que también está estrechamente vinculada con la experiencia de amistad. Por eso, a menudo describimos a nuestros amigos más cercanos como “íntimos”. Complementariamente, esta idea de intimidad está profundamente entroncada con la formación de la identidad personal ya que implica una posible sensación de completud al saberse amado, necesario y con capacidad de compartir la vida con otras personas. Sus dimensiones más reconocibles incluyen varios temas como el amor (romántico, paternal, filial y amistoso), las metas personales e ilusiones sostenidas en la vida así como

la caracterización singular de los estados emocionales. Dimensiones que se comparten de manera selectiva, dependiendo del nivel de confianza que se haya desarrollado.

Podemos ocultar nuestro estado emocional a quienes no nos inspiran confianza, pero lo revelamos a aquellos en quienes confiamos.

Por otra parte, la noción generalizada de lo íntimo no solo se refiere al modo en que actuamos con los demás, sino también a cómo nos vinculamos con nosotros mismos (Simmel, 1906; Goffman, 1987; Altman, 1971).

Justamente esta característica de la intimidad plantea cuestiones significativas tanto para los filósofos, que procuran comprender la vulnerabilidad intrínseca de la configuración epocal de la intimidad, como para los juristas, que enfrentan el desafío de definir en términos legales el derecho a la privacidad. (Rachels, 1972; Westin, 1967).

De acuerdo con sociólogo canadiense Erving Goffman (1959) las personas desarrollan “fachadas” o representaciones necesarias de sí mismas que ofrecen continuamente a los demás y que resultan de gran importancia para mantener la configuración de lo íntimo, ya que las protege de las miradas indiscretas o inquisitoriales.

Estas imágenes de nosotros mismos que les brindamos a los demás pueden ser percibidas tanto como reales o ficticias, pero siempre constituyen una construcción social diseñada para cumplir un propósito esencial. Para Goffman la fachada es ese “yo” que la gente muestra en sus interacciones cotidianas (y que incluye desde el aspecto físico, el atuendo así como lo gestual y el modo particular de comunicarse) las personas las crean y recrean de acuerdo con las expectativas de la situación social en la que se encuentran.

Se trata de elaboraciones que varían según la relación que se tenga con el otro compartiendo información de manera selectiva, protegiendo así tanto su privacidad como su sentido de identidad.

Desde otra perspectiva los psicólogos sociales estadounidenses Irvin Altman y Dalmas Taylor elaboraron a comienzos de los años '70 la teoría de la penetración social, describiendo el proceso de desarrollo de las relaciones interpersonales, desde el conocimiento superficial hasta el conocimiento íntimo.

Altman y Taylor argumentaron que las relaciones interpersonales se desarrollan a través de un proceso de autodescubrimiento y receptividad mutuos.

Las personas comienzan a compartir información personal entre sí de forma gradual, a medida que confían más en la otra persona y se sienten más cómodas con ella. Complementariamente también argumentaron que la velocidad de la penetración social varía en función de una serie de factores, como el nivel de atracción interpersonal, el contexto social y experiencias similares acumuladas en el pasado.

Altman y Taylor (1973) propusieron un modelo de la intimidad dividida en cinco dimensiones tales como el autodescubrimien-

to (la capacidad de compartir pensamientos, sentimientos y experiencias personales con otros); la receptividad (capacidad de escuchar y entender los pensamientos, sentimientos y experiencias personales de otras personas); afecto (la expresión de emociones positivas hacia otros); la interacción (realización de actividades conjuntas); y compromiso (la intención de dar continuidad a una relación).

Otro psicólogo social significativo en este orden de discurso fue Zick Rubin con importantes contribuciones al estudio del amor y las relaciones románticas.

Rubin que ocupó una cátedra de psicología en la Universidad de Brandeis, se destacó como autor de múltiples publicaciones que generaron un gran interés incluso fuera de lo académico ya que abordan temas como el amor, la conexión entre personas, la intimidad y el romance.

En su obra “Liking and Loving: An Introduction to Social Psychology” publicada en 1973, Rubin esboza una teoría del amor centrada en el concepto de intimidad. Sostiene que el amor es una emoción compleja derivada de una combinación de aspectos emocionales, sexuales y sociales relacionados con la intimidad. Rubin plantea que el amor se origina de una compleja interrelación de tres componentes clave: intimidad, apego y cuidado. De este modo describe la intimidad como la medida de la cercanía emocional y la confianza que se tiene hacia otra persona.

Asimismo, al apego, lo define como el deseo de proximidad física y la búsqueda de seguridad emocional en el amor del otro. El cuidado, por último, lo aborda como una preocupación sincera por el bienestar del otro, acompañada del deseo de asistirle.

Además, Rubin sugiere que las diferentes combinaciones de estos tres elementos resultan en distintas modalidades de relación. Por ejemplo, una relación en la que predomine tanto la intimidad como el apego, pero carente de una voluntad de cuidado, podrá ser muy apasionada pero eventualmente muy peligrosa o perjudicial.

Otra en cambio que se caracterice por un importante grado de cuidado y apego, pero sin intimidad, podrá ser muy estable pero carente de intensidad emocional.

En cambio, cuando una relación incorpora elevados niveles de intimidad, apego y cuidado, es más probable que sea tanto amorosa como saludable.

Atendiendo a todas estas aristas y perspectivas podemos observar porque el concepto de intimidad ha sedimentado en un término especialmente heteróclito y polisémico que alude a una amplia gama de significados y aspectos en la experiencia humana.

En términos generales la idea de intimidad y de lo íntimo va más allá de las relaciones románticas o sexuales abarcando en forma difusa diversas conexiones emocionales que pueden manifestarse en múltiples ámbitos de la vida.

Habitualmente refiere, tal como hemos visto, a una conexión genuina y singular entre personas que implica compartir pensamientos, emociones, vivencias y vulnerabilidades de manera sincera y auténtica. No obstante, la intimidad está siempre

enraizada en la confianza, el respeto mutuo y la disposición a mostrarse tal como se es, sin temor al juicio.

Es un espacio en el cual los enmascaramientos subjetivos y las barreras del recelo se desvanecen, posibilitando un encuentro verdadero con otro ser humano.

Mutaciones de la intimidad

A lo largo de la historia, las nociones de intimidad han experimentado cambios en su definición y expresión en virtud de diversos factores sociales, culturales y tecnológicos.

En las sociedades tradicionales, la intimidad a menudo estaba vinculada a roles de género y expectativas familiares, con un énfasis en la estabilidad y continuidad de las estructuras familiares. Sin embargo, con la evolución hacia la modernidad, las concepciones de intimidad se ampliaron y diversificaron. Tal como se ha esbozado anteriormente, el modo de comprender la intimidad ha atravesado una evolución palpable, moldeada por las fluctuantes matrices culturales, religiosas, filosóficas y sociales que han caracterizado diferentes épocas (Weeks, 1995; Jamieson, 1999).

Las civilizaciones precursoras, como las sociedades grecorromanas, albergaban nociones primigenias de intimidad, pero estas eran distintas a la comprensión contemporánea. Durante tales periodos, las fronteras entre lo público y lo privado se diluían, y en lugares como el ágora, la preservación del honor y la reputación emergía como esencial.

La instauración del cristianismo durante la Edad Media infundió una profundidad sin precedentes al entendimiento de la naturaleza humana. Instituciones como la confesión exaltaron la inquebrantable y privada conexión entre el individuo y lo divino. A pesar de ello, la vida diaria transcurría en una atmósfera de colectividad, donde clanes extendidos cohabitaban en espacios compartidos, y la privacidad era más una aspiración que una realidad.

El alba de la modernidad, catalizada por la Ilustración y el florecimiento del individualismo en Europa, acentuó el valor del espacio privado. El diseño arquitectónico de las viviendas se transformó, con estancias individuales que manifestaban una valoración creciente del ámbito privado.

Con la progresión de los siglos XIX y XX, la emergencia de disciplinas como la psicología y, de manera destacada, el psicoanálisis recalibró nuestra introspección hacia el universo interno y lo latente en la mente humana. La intimidad trascendió de ser meramente un constructo a convertirse en un sostén esencial del equilibrio emocional. Las transformaciones en las estructuras familiares, aunadas a un proceso acelerado de urbanización, forjaron una interpretación más actualizada de la intimidad. No obstante, en el fragor de la contemporaneidad, la caracterización de la intimidad está en una dinámica de reinvencción.

La esfera de la intimidad emerge bajo el oleaje de las emociones y se manifiesta en ceremonias privadas, en rituales de intimidad en los que los cuerpos se disponen en arreglo con fuerzas

propias de la cultura circundante. Las singularidades de cada momento íntimo son modos dialógicos de interpretación de tales ceremonias en el marco de la coordinada diacrónica de la cultura y de la vertical del encuentro.

Considerar estas cuestiones nos empuja a una psicología de las pasiones y a una antropología de las corporalidades iluminadas entre otros autores por el sociólogo Norbert Elias y su concepto de “figuración”, un pilar fundamental para comprender la dinámica social y la forma en que los sujetos interactuamos en el entorno moderno. Elias sostiene que los seres humanos no pueden ser adecuadamente comprendidos fuera de sus relaciones sociales y contextos históricos. Esta perspectiva va más allá de una noción individualista y pone de relieve cómo nuestras acciones y decisiones están moldeadas por las complejas redes de interdependencia en las que estamos inmersos.

Las personas no podemos ser entendidas como islas independientes, sino que estamos en constante interacción y comunicación con otros. Estas interacciones forman patrones y estructuras de relaciones que influyen en las acciones y comportamientos de las personas. Las figuras de estas conexiones, o “figuraciones”, son entidades sociales más amplias que abarcan desde grupos pequeños hasta sociedades enteras.

Cada sujeto es tanto actor como receptor en estas figuras, y sus acciones reverberan en las vidas de los demás. Asimismo, en otra de sus obras como “El proceso de la civilización” (1939), Elias exploró las transformaciones en la conducta social, con un enfoque en la evolución de lo que podríamos observar como intimidad y los modos sociales de regulación derivados de las reglas de etiqueta.

Elias sostuvo que estos ajustes en los modales y en lo que estaba bien visto en la sociedad evidenciaban un continuo proceso civilizatorio, marcado por un aumento en el autocontrol y la gestión emocional. A modo de ejemplo, durante el medioevo, la violencia era más prominente y las convenciones de etiqueta eran menos estrictas. Era habitual, por ejemplo, comer usando solo las manos, limpiarse la nariz con la ropa o eructar y bostezar sin reparo en lugares públicos. Para Elias, la evolución en el comportamiento social se debió a varios elementos, entre ellos el auge de las urbes, la expansión comercial y la emergencia de nuevos sistemas gubernamentales.

Con la complejización de las sociedades, la interacción entre individuos de distintas procedencias se incrementó, impulsando una mayor consciencia sobre la diversidad y la necesidad de modales más sofisticados. Elias relacionó la civilización con el fortalecimiento del autocontrol. Al desarrollar una mayor autoconciencia emocional, las personas pueden gestionar mejor sus emociones, reduciendo así el estrés, el malestar psicológico y la ansiedad. Este proceso ha influido significativamente en nuestras formas de pensar, sentir y establecer relaciones con otros.

Volviendo al presente

No solo las experiencias de intimidad y privacidad han sido alteradas de manera significativa por las redes sociales, sino que también han surgido nuevos ámbitos para explorar las múltiples maneras de socializar que ensayamos continuamente en las plataformas sociales. Los enfoques radicales más exhibicionistas que se suelen demandar en estos espacios de regodeo narcisista evidencian una constante y paradójica exigencia de confirmación de la autoestima, lo cual contrasta con la capacidad de mantener un control eficiente sobre cómo somos vistos y cómo se usan nuestras imágenes en las redes sociales.

Los nuevos habitantes de ese universo simbólico ubicuo de las redes sociales procuran orquestar y manejar su privacidad e intimidad a través de la presentación calculada de sí mismos aunque eso no sea del todo viable. A través de este ejercicio, establecen fronteras, ya sea de manera consciente o no, no necesariamente en lo que se muestra, sino en quién puede acceder a esa información. Se ponen en práctica diversas tácticas para gestionar la visualización y compartir imágenes, y se crean reglas adicionales para mantener un anonimato relativo.

Cada persona invierte un esfuerzo grande y permanente en mantener el control sobre cuánto de sí misma revela, ese conjunto de signos y símbolos conocido como “extimidad”, manteniendo siempre en mente que hay un límite inherente en cuánto lo que es posible gestionar y controlar. Aunque se tomen medidas para protegerse, siempre hay un nivel de riesgo y exposición, y los conflictos pueden surgir especialmente si las imágenes personales son utilizadas sin consentimiento. La protección puede ser limitada, ya que, una vez que las imágenes son compartidas, los autores son conscientes de que el control total sobre ellas es inalcanzable.

BIBLIOGRAFÍA

- Altman, I., & Taylor, D. A. (1973). *Social penetration: The development of interpersonal relationships*. Holt, Rinehart and Winston.
- Altman, I. (1971). Privacidad: un análisis conceptual. *Medio ambiente y comportamiento*, 3(2), 167-182.
- Elias, N. (1987). *El proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Goffman, E. (1959). *The presentation of self in everyday life*. Anchor Books. Pp. 25-26.
- Goffman, E. (1987). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Alianza Editorial.
- Giddens, A. (1992). *The Transformation of Intimacy: Sexuality, Love and Eroticism in Modern Societies*. Stanford University Press. (Giddens, 1992)
- Jamieson, L. (1999). *Intimacy: Personal relationships in modern societies*. Cambridge: Polity Press.
- Pascual, J. A. (2000). *Etimologías de la lengua española*. Madrid: Editorial Gredos.
- Pérez-Alenza, J. L. (2018). La intimidad: un concepto complejo. *Revista de psicología social*, 33(2), 271-284.
- Rachels, J. (1972). Privacidad. En *Enciclopedia de la filosofía* (Vol. 7, pp. 283-286). Editor: Edward Craig. Atheneum.
- Real Academia Española. (2023). *Intimidad*. En *Diccionario de la lengua española* (23.ª ed.). Madrid: Autor.
- Rubin, Z. (1973). *Liking and loving: An introduction to social psychology*. Holt, Rinehart and Winston.
- Sarlo, B. (2018). *La intimidad pública*. Buenos Aires: Seix Barral. Disponible en: <https://gigalibros.com/ver/la-intimidad-publica.pdf>
- Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Thompson, J. B. (1998). *Los medios y la modernidad*. Madrid: Ed. Paidós.
- Simmel, G. (1906). La sociología del secreto. *Revista de Sociología*, 11(4), 341-396.
- Westin, A. F. (1967). *Privacidad y libertad*. Atheneum.
- Weeks, J. (1995). *Inventing intimacy: Sexuality, gender, and the self*. Cambridge: Polity Press.